

EL
REY
TAHÚR



CARLOS
AURENSANZ

Reino de Navarra. Año del Señor de 1188. Tudela, la villa que alberga la Corte, vive un momento de efervescencia décadas después de que Alfonso el Batallador arrebatara su dominio a los musulmanes. El fuero nuevo ha atraído a cientos de pobladores foráneos a un lugar donde todo está por hacer: la alcazaba se está transformando en castillo y sede real, el barrio de la morería crece extramuros, las iglesias se levantan por doquier, de la mano del Císter surgen monasterios y conventos y las poderosas órdenes de caballería financian su presencia en Tierra Santa con las encomiendas de las fértiles tierras del Ebro.

Las obras de la nueva colegiata avanzan y se hace preciso ocupar el solar de la antigua mezquita. Nicolás, un joven aprendiz de cantero de origen borgoñón, trabaja en su demolición cuando el pavimento parece ceder bajo sus pies. Regresa durante la noche para descubrir una cripta oculta bajo el antiguo mihrab y, en ella, al parecer olvidada, una arqueta musulmana con un ajado pergamino en su interior. Será el descubrimiento que marque no solo su propio destino, sino el de todo aquel que tenga conocimiento de su existencia, el del propio reino de Navarra y, a la postre, el de toda la Cristiandad.

Índice de contenido

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Segunda parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Tercera parte

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Cuarta parte

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

Anexos

Personajes

Árbol genealógico

Tabla real o Juego de las quince tablas

Nota del autor

Agradecimientos

Bibliografía y documentación

Imágenes

Sobre el autor

*A mi esposa y a mis tres hijos
que soportan mi presencia ausente*

El sacerdote Yehoyadá tomó un cofre, hizo un agujero en la tapa y lo puso junto a la estela, a la derecha según se entra en el templo, y los sacerdotes que custodiaban el umbral depositaban en él todo el dinero ofrecido a la Casa de Yahveh.

Cuando veían que había mucha plata, subía el secretario del rey y el sumo sacerdote; se fundía, se contaba y entregaban el dinero a los que hacían el trabajo, a los encargados de la Casa de Yahveh, quienes lo empleaban en los carpinteros y constructores que trabajaban allí, en los albañiles y canteros, y para comprar maderas y piedra de cantería.

II REYES, 12: 10-13

PRIMERA PARTE

Reino de Navarra

Sede real de Tudela

1

Año del Señor de 1188

Un pañuelo húmedo de lino anudado al cuello le protegía la nariz y la boca, pero no conseguía impedir que el polvo blanquecino que flotaba por todas partes se le metiera hasta la garganta, haciéndole toser a cada instante. Una capa parduzca le cubría la piel, el jubón, las sandalias y el cabello, y le obligaba a limpiarse los ojos enrojecidos con el dorso de la mano para retirar de las comisuras la molesta mezcla de lágrimas y partículas de caliza.

El joven Nicolás, sin embargo, estaba acostumbrado a aquello. Desde que tenía memoria, quizá con siete años, había acompañado a su padre al tajo en aquella villa que les había acogido tras su llegada de Auxerre, en el lejano ducado de Borgoña. Así, el polvo de piedra había sido su compañero inseparable: había teñido de blanco, gris u ocre su cabello claro, y había impregnado, mezclado con la nostalgia y la melancolía, cada una de las historias que Pierre, su padre, le contaba en su niñez en las largas noches de invierno al calor de la lumbre.

Su familia procedía de una estirpe de canteros borgoñones que había desarrollado la misma labor durante generaciones, poniendo su experiencia y su oficio al servicio de abades, obispos y nobles que, durante la última centuria, rivalizaban en la cercana Île-de-France a la hora de alzar al cielo las más hermosas construcciones, a mayor gloria de Dios. En los oídos de Nicolás resonaba el nombre del abad Suger, para quien habían trabajado sus dos abuelos, labran-

do los sillares con los que se levantaba la nueva y al parecer imponente abadía de Saint Denis, cercana a la ciudad de París. Al principio no comprendía qué había llevado a Pierre y a Marie, su madre, a abandonar aquellas tierras del norte que les garantizaban el sustento, y no tuvo la oportunidad de hacerle aquella pregunta a su padre, porque una cabria mal anclada en la cantera había acabado con su vida cinco años atrás, cuando él contaba tan solo once.

Había transcurrido mucho tiempo antes de que Marie fuera capaz de hablar de su esposo sin que el tormento del recuerdo le impidiera siquiera pronunciar su nombre. Para entonces, durante el trabajo menos duro en el taller de cantería o en las breves pausas para el almuerzo, otros oficiales de la cuadrilla de su padre ya le habían revelado algunos detalles. Al parecer, sus dos abuelos mantenían una prolongada rivalidad en las obras de Saint Denis, y el desencuentro había llegado tan lejos que la justicia había tenido que mediar para dirimir sus pleitos. Sin embargo, Pierre y Marie habían crecido juntos, ajenos a las disputas de sus padres. El muchacho trabajaba desde edad temprana junto a su progenitor, y Marie cada día le llevaba el almuerzo al tajo al suyo. Ni la enemistad entre ambos ni la categórica prohibición por parte de las familias de cruzar siquiera una palabra habían conseguido separarlos, y los encuentros, por necesidad furtivos, se habían hecho continuos durante la adolescencia de ambos. La para él incomprensible oposición familiar había hecho de Pierre un muchacho rebelde y desafecto, aunque no por ello había descuidado su trabajo y su aprendizaje en la cantera y en los talleres donde se ultimaban sillares y dovelas. Los dos jóvenes comenzaban a asimilar que no había futuro para su relación cuando la evidencia del embarazo de Marie vino a marcar para siempre su existencia.

No hacía demasiado que ella misma le había contado lo que sucedió a continuación. Por entonces Pierre había oído hablar de la demanda de canteros con experiencia que em-

pezaba a haber en tierras relativamente alejadas del ducado de Borgoña y de la propia Île-de-France y, antes de que la gestación se hiciera patente, tomaron la decisión de abandonar a sus respectivas familias para compartir juntos un futuro tan incierto como esperanzador. No fue un robo lo que Pierre cometió al encinchar el mulo que habría de acompañarlos en su aventura, pues lo tomó a cuenta del salario que se le debía en la obra de Saint Denis. Sí lo fue el hecho de introducir en las alforjas las herramientas propias de su oficio, lo más valorado por un cantero y algo que pocos alcanzaban a poseer en propiedad. En descargo de su conciencia mascó la idea de que aquella era la herencia que su padre jamás le dejaría porque, si algo vislumbraban ambos con claridad, era que el viaje que emprendían no tendría retorno.

Recordaba bien el día en que su madre le había revelado los detalles de su pasada existencia. Las lágrimas corrían por las mejillas de Marie al hablarle del sufrimiento, de la sensación de traición a los de su sangre que experimentaron al ver cómo la distancia reducía el tamaño de los imponentes muros de la nueva abadía de Saint Denis. Sabían que no la verían terminada. Sus pasos les llevaron hacia el sureste, quizá por el deseo inconsciente de contemplar por última vez su villa natal de Auxerre en las tierras de Borgoña, cuna de los mejores escultores y canteros del reino. Después, espoleados por la cercanía del invierno, se encaminaron hacia el sur, en un viaje que duró meses, durante los cuales Pierre desempeñó su trabajo en varios prioratos y abadías de la orden monacal nacida en Cluny, algunos de los cuales empezaban a alzar sus muros en lo que parecía una decidida expansión hacia tierras meridionales. Su meta era algún lugar de la Aquitania de clima benigno, cualquier próspera ciudad donde se estuviera iniciando la construcción de un nuevo templo, un monasterio quizás, y su experiencia fuera bien valorada y retribuida. Pero aquel invierno resultó duro, los trabajos de construcción se habían deteni-

do en todos los lugares que atravesaban, y Pierre hubo de dedicarse a tareas menores a cambio tan solo del sustento. Fue el deseo de huir de aquel clima extremo lo que les condujo hacia su primer destino, cerca del gran océano. Alcanzaron Burdeos al principio de la primavera con la intención de unirse a los trabajos de construcción de la magnífica catedral que alzaba ya sus muros en el centro de la ciudad.

Nicolás recordaba cómo su madre sonreía al evocar la primera vez que, juntos, habían visto el mar. Le contó que sintió las primeras patadas del pequeño ser que crecía en su vientre, sus patadas, sentada sobre un montículo de aquella playa, junto al estuario del río que atravesaba la ciudad.

Pero su viaje no había concluido. Al llegar a las inmediaciones del templo en construcción, dispuesto a establecer contacto con el maestro de obras en busca de trabajo, Pierre se tropezó con un grupo de hombres que reconoció como borgoñones por su acento, su vestimenta y sus expresiones. Resultaron ser canteros como él, escultores algunos, dispuestos a abandonar la ciudad, descontentos con las condiciones de trabajo que se les ofrecían. Hablaban de atravesar los Pirineos en busca de mejores oportunidades, siguiendo el camino del apóstol Santiago. Pierre se vio seducido por las historias épicas que le contaron, protagonizadas por monarcas cristianos de reinos para él desconocidos: Aragón, Navarra, León, Castilla, Portugal, todos en lucha contra los sarracenos; por la promesa de trabajo abundante y bien pagado en las muchas ciudades recién arrebatadas al moro, donde empezaban a levantarse cenobios para repoblar las tierras conquistadas, colegiadas y catedrales en los nuevos obispados, amén de nuevas fortalezas desde las que asegurar el avance cristiano; por las ventajosas condiciones que los monarcas otorgaban en sus fueros a los francos que acudieran a repoblar sus territorios; por el exotismo de lugares en los que judíos y moros convivían con

quienes abrazaban la verdadera fe de Cristo. La promesa de llegar a ser hombres libres, dueños de sus propias tierras, parecía despertar grandes expectativas en aquel grupo de jóvenes decididos, y Pierre se dejó ganar por su entusiasmo.

Debían, sin embargo, formalizar algo antes de abandonar Burdeos, algo que constituía su más anhelado deseo, pero que habían retrasado hasta alcanzar el que creían su destino. Solo uno de aquellos hombres viajaba junto a su joven esposa, también encinta, y ambos se brindaron a acompañarlos durante la sencilla ceremonia en la que se desposaron. Marcel y Sophie, así se llamaban sus improvisados testigos de boda, flanquearon a Pierre y a Marie en el altar recién consagrado de la nueva catedral, algo que sus nuevos amigos consiguieron del cabildo en compensación por el trabajo desarrollado en los últimos años levantando aquellos mismos muros.

Fue así como, al finalizar la primavera del año del Señor de 1172, los ya nuevos esposos atravesaron los montes Pirineos y descendieron sus estribaciones hasta alcanzar la capital del pequeño reino de Navarra. En Pamplona quedaron algunos miembros del grupo, pero un número reducido decidió seguir camino a Zaragoza. Eran los más ávidos por alcanzar aquellos lugares desconocidos de los que les habían hablado donde, decían, se alzaban hermosos palacios árabes con una extraña arquitectura que jamás hubieran pensado poder contemplar, con trabajos de escultura que, según contaban, rozaban la filigrana. Marie, a pesar de su ya avanzado estado de gestación, decidió complacer a su esposo, en cuyos ojos observaba un brillo intenso ante tal posibilidad. Tomaron el camino del sur con la emoción de saber que entraban en tierras que poco antes habían estado en manos de los sarracenos, hasta que el rey Alfonso, llamado por ello el Batallador, se las había arrebatado para la Cristiandad unas décadas atrás. Transitaron el Camino Real hasta el único puente que atravesaba el mayor río que re-

gaba aquellos reinos, el Ebro; y así alcanzaron la villa de Tudela, donde el rey Sancho de Navarra había establecido su corte de forma temporal.

Llegaron a la ciudad poco antes de la festividad de San Juan. Marie recordaba que su impresión fue grande al contemplar, mientras cruzaban a pie el puente de madera, la silueta del minarete de una mezquita musulmana, que se mantenía en pie reconvertido en campanario. Fue la primera imagen impactante de una ciudad que acabarían conociendo bien, pues en la siguiente jornada, a la hora de subir al mulo para continuar el camino hacia Zaragoza, una punzada intensa en el vientre la hizo encogerse de dolor.

Aquella mañana contemplaron por primera vez el edificio a medio levantar del priorato de Santa María de Tudela, donde Marie fue acogida por caridad. En realidad, solo el dormitorio de los monjes agustinos estaba terminado, además del refectorio y la sala capitular. Pero el recinto de lo que iba a ser el albergue de transeúntes estaba ya techado y, aun con la carpintería de las ventanas sin colocar, se veía ocupado por algunos necesitados. En una pequeña dependencia anexa, al abrigo de miradas indiscretas, había venido al mundo Nicolás, atendida la madre por la partera con quien contrajeron su primera deuda. Una partera descuidada y sin oficio, que dejó parte de las parias sin extraer y, como consecuencia, unas calenturas que tardaron semanas en desaparecer y que a punto estuvieron de acabar con la vida de la joven madre. Marie siempre se había mostrado convencida de que aquella era la razón por la que su vientre ya no había vuelto a concebir. La única compañía que tuvo en aquellos días fue la de Sophie, quien decidió junto a su esposo Marcel quedarse en la villa al menos hasta su también próximo alumbramiento.

Dieciséis años habían transcurrido desde entonces... Toda su vida. Una vida truncada cuando un dramático error en la cantera hizo que una piedra de decenas de arrobas aplastara las piernas y la cintura de su padre. Dios no le dio

la oportunidad de salvarse. La cabria había elevado pesos como aquel, y aún mayores, en centenares de ocasiones. Pero aquel día las fijaciones cedieron y el contrapeso no fue suficiente para impedir que la estructura basculara sobre sí misma. Él lo había visto todo a pocas varas de distancia, y no sufrió la misma suerte porque un instante antes se había alejado de su padre en busca del odre de agua que permanecía a la sombra. Pierre alzó la vista tras un grito de advertencia y comprendió que la piedra y la cabria se desplomaban sobre su cabeza sin remedio. Con un salto propio de un felino trató de lanzarse a un lado, pero al caer al suelo las piernas quedaron atrás. En medio del estruendo y de la densa nube de polvo, Nicolás solo vio a Marcel arrojar la maza al suelo antes de lanzarse hacia su amigo. Al instante una decena de canteros y peones apartaban los maderos de la cabria y apalancaban la roca con barras de hierro, en medio de los terribles gritos de su padre, gritos que jamás podría olvidar. La vida se le escapó a Pierre en unos instantes, en medio de las lágrimas, los gritos de incredulidad, las imprecaciones y las blasfemias de los cofrades. Solo tuvo tiempo de señalar hacia él con la cabeza, incapaz de hablar, a la vez que clavaba la mirada en los ojos de Marcel. Y este asintió en señal de comprensión, llorando como un niño, a la vez que rodeaba a Nicolás con el brazo y lo apretaba contra su pecho cubierto de polvo, para impedirle contemplar los últimos estertores de su padre.

Era aquel mismo polvo el que ahora le hacía llorar de nuevo. O quizá fuera el recuerdo, doloroso e imborrable a pesar del paso del tiempo. Lo cierto era que estaba allí, si no ejerciendo su oficio propiamente, sí en una tarea muy relacionada y, quizá, más delicada. En medio de las voces y los ruidos del tajo sujetaba con firmeza el cincel con la mano izquierda al tiempo que, con ligeros y repetidos golpes de maza, iba eliminando el mortero bajo la enorme losa de